

# Vuelapluma de los Pueblos

2.2.6  
S. A. D. I. L.  
ARCHIVO  
LETRAS  
F. H. C. E.  
U. DE L. A. R.

Señoras y señores:

La Universidad Popular Central me concede un sitio que responsabiliza. Lo ocupo sin mira profesional o de calidad. He aprendido a respetar las disciplinas y las urgencias de la amistad.

Producto de las infinitas vacilaciones y los aislados impulsos del pueblo rural, me he quedado y levantado en sus huellas. Siempre en rigor emocional. Favor por favor, recibo el que me obliga a calentarme las manos en un material común y concedo el que me permite entregar algo del zumo dramático que ha agitado boca y corazón.

Y dicho esto, me proclamo el único y universal ganancioso en la incidencia.

+ + +

Valga el testimonio de geógrafos y enterados, 500 mil personas se agrupan en las ciudades, villas y pueblos del país. Algo así como el 25 por ciento de nuestro capital demográfico.

No cuenta el pequeño acoplamiento, sin personalidad, que no es ni pueblo ni campo — rancho supino y humante — quereta de los pueblos de ratas, con su aportación humana de 80 mil unidades.

Entre el campo celeste — entero y potrero — y el cuadro organizativo está la distancia amarga. La que se recorre con el sol en la nuca y la noche en los puños caídos. El camino es un pretexto para no ir a ningún lado. Y los rancharos, girones de una voluntad que se va desfileando. Las corrientes negras y esporádicas, suelen remansarse, cansadas, en los sobranchos que entre la vitalidad defectuosa o en los predios mostrencos, olvidados y pleiteados.

No vamos a considerar esas 80 mil fugas desesperadas, porque no tienen ubicación raigal. Son gente del viento más que de la tierra. Hoja y peltro. Una ráfaga, un impulso y ya están borrados del paisaje. De este paisaje. Para repetir, con dramática obstinación, en otro repliegue donde quepa una estrella muerta.

Lo que estamos ver — vuelapluma — con los pueblos legalizados, con ediles, campanario y comisaría.

Los pueblos del interior han nacido de circunstancias eventuales, sin profundidad ni previsión. Muchas veces han aforado sobre la desesperación, como ciertos durazneros guachos — de fruto ácido — que luchan entre los desperdicios con las ciénagas y las ortigas pertinaces.

Aquí no se da el cuadro riante, sinfónico, trazado por Henry George, y en el que se mitó la angustiada preocupación nacionalista de Julio Martínez Lanari.

“La simpatía, el cooperativismo, la emulación y el contraste crean una vida más amplia y completa. Las tristezas y las alegrías son compartidas por otros; hay fiestas y reuniones vitales, y todos reunidos descorren el mástil, en las reuniones que tienen su incandescencia y que aumentan la facultad productiva de la tierra.”

“El soplo musical, raveliano, de la comprobación de George, afirma su crecimiento: “Estando la casa de nuestro primer colono en el centro de la población, el almacén, la fragua, el taller del carretero se establecen cerca de ella, y de pronto se levanta una aldea que se convierte en ciudad y es centro de cambios para los habitantes de todo el distrito.” “La población sigue creciendo en beneficio de la tierra y del de la misma.”

Entre nosotros, la población es extraña a la riqueza de la tierra. La que crece, realmente, es ésta, que conviene al hombre en su prófugo.

Somos el reverso de esa augural medalla. Geográficamente extremados, distamos lo que va de Norte a Sur en la apreciación comparativa. En el Uruguay el poblador no ha actuado como valor de esperanza. El cuadro de George estimula los contrastes. No serían las suyas sino las de un Gustavo Doré las manos que trazaran nuestra evolución con verdad. Donde el californiano encontró marzango de ojos doblegados por los frutos, nosotros damos con higuera fósiles, de tronco retorcido e infeccioso, con cina-cinas que muerden la carne desnuda.

El optimismo, la salud, la energía que canaliza las fuerzas y las enciende para el progreso, la fraternidad y el amor, son aquí signos olvidados.

A los pueblos del Uruguay se llega, generalmente, por vía de la derrota, el desalajo, las lluvias propagadoras de epidemias, las sequías que acortaron los mizales exiguos.

A veces, también por el hartazgo, como sucedió a los ganaderos engordados por los acontecimientos de 1914-18. Vinieron a etuctar sus digestiones en torno a las partidas de billar. Y a quemar inutilmente, en viajes onanistas, que no tenían ni siquiera el instinto preventivo del verano cuando, acorrala a la viora con su baba. Dieron vueltas y vueltas, en el perímetro edificado. Cuando se produjo el colapso económico no pudieron volver a la pradera, a reconquistar el novillo perdido. Habían olvidado el sentido, de la recta en el rumbo. Fueron víctimas de la rueda.

Se hicieron definitivamente urbanos.

+ + +

Valorando a las poblaciones del interior, en lo que insuermen y producen de substancia humana, es elemental discriminar algunas de las corrientes que las riegan.

El gaucha vivió a caballo, con el cielo a cuestras. La tierra fué, para él, sólo superficie. Picada y azar. Más que a la tierra, estaba ligado a los simoventes, a las pasiones. La estancia consumía — por la dinámica de su vida — los pocos brazos que iban levantando los hombres en su galope, en amores de pocho tendido, nada prolífico. La cifra camión eran el pingo astro y el cerrador el cielo de llamas — que va de la epopeya artiguista a la convulsión partidista — el gaucha quedó a pie, sin sentido de su campesinidad. Vióirse montura y empleo. La planta y la espera no contaban ni en sus previsiones ni en su espíritu, hecho de impulso y metal.

La presencia de la paz creó el proletariado del campo y la aristocracia del novillo.

dinámica, no cayó en manos de la muchedumbre, que por tales caminos hubiera llegado insensiblemente a la tierra, a la tierra tibia y honda, pobladora y vital.

La paz interna retrajo un tanto a la estancia y acontecimientos externos (la gran guerra, fundamentalmente) le concedieron privilegios excesivos, que acusaron el desnivel.

Las lechiguas patriarcales, encamadas de medianeros, “oficiales”, agregados y adoptivos — la estancia con ala de cluca, acogedora y “caudilla” — tuvo nuevas e imprevistas urgencias. Se valorizaron hasta los cardos. Fueron cheques al portador el capacho, las carnes negras, el nonato, el cuero de epidemias. Y la superficie, instrumento y vehículo incoercible de esa súbtil opulencia.

Los potrereros, el amansamiento de los rodeos, el domesticamiento, la esquiladora mecánica, el tren de ganados, fueron sistemáticamente post-ponidos.

La ganadería es demográficamente, negativa, ahuyentadora. Disponiendo del 87 por ciento de los predios explotables del país, sólo acoge a 143 mil personas en sus tareas, es decir, el 42 por ciento del capital humano que vitaliza nuestras praderas. Procediendo por contraste, recordemos que la agricultura, que apenas dispone del 10 por ciento del área explotable, utiliza 189 mil personas.

Las estadísticas registran una disminución constante de la población agraria. En 1916 luchaba en los campos casi el 20 por ciento de nuestros habitantes. En 1930 el porcentaje descendió al 17,38, y en el año 1937 la cifra es anémica: nada más que el 16,35 por ciento.

Los datos son insospechables: los acusa el Censo Agropecuario de 1937 y los refrenda la Dirección de Agronomía.

La estancia nueva, en su vieja función pastoril, no absorbe ni siquiera la lenta progresión vegetativa.

El peón casado no le sirve. Es inconcebible un bracero rural, trasplantando mujer y prole a las grandes galponadas. Capital y afectos deben ser cómodos y útiles a la estancia: maletas, pichas y caballo blanco. La familia del peón sería un lastre penoso, capacitado para hundir a la estancia. Los oficios posibles tampoco son hogareños. El tropero, el domador, el carreta son gente de sol y luna. No pueden hacer nido. Son tordos. Cuando son aranchan, acallorados a algún desgano con poleras, es para ruminar recuerdos.

Se suele invocar la inadaptabilidad del criollo para justificar el desplazamiento. Es posible que el argumento tuviera base en la amanecida del campesinado, hace treinta años. La convulsión fué honda y atonante. Pero, repuesto, nuestro hombre ha probado ser plástico y sensible.

En Lavalleja se emplearon obreros especializados, de diversas procedencias geográficas y raciales, en lo que se ha dado en llamar “la aventura tablas de rinde humano”. El peón serrano ocupó lugar en la vanguardia. Se llevaban rigurosos

El nativo entraba por primera vez en una galería subterránea. Su historia es de superficie. En la táctica guerra entablada entre el extranjero habitado y el criollo murrango, venció éste. Fue minero con la misma gallardía injera de sus viejos tropeles llaneros. El campo no estaba condicionado para

## LOS LIBROS

Tenía yo veintiséis años cuando viajaba en un vapor italiano, y cruzaba el Mediterráneo de Génova a Nápoles, de Nápoles a Túnez, y de Túnez a Argel. Conoci en él a un joven italiano, ayudante de camarero, que barría y lavaba los pasillos, fregaba la cubierta de camarero, que barría y lavaba los pasillos, fregaba la cubierta y hacía otros menesteres. Era un muchacho alto, de aspecto inteligente, que imitaba a las mil maravillas el modo de hablar del desdentado capitán, la manera de andar de un viejo inglés o la forma en que el cocinero veía, satisfecho de su obra, las viandas que había preparado. Me contó su historia con entera franqueza, y a los dos días de viaje éramos los mejores amigos.

Un día me pidió que le leyera una carta. De pronto no comprendí lo que deseaba, pero me imaginé que había recibido una carta en idioma extranjero y quería que se la tradujese. Mas no era así; la carta estaba en italiano. Se la leí. Era de una muchacha, y decía lo que las muchachas dicen a los muchachos en todos los países y en todos los idiomas. Giovanni bebía cada una de mis palabras. Eso fué todo.

No experimenté ninguna emoción particular, sino hasta que Giovanni hubo desaparecido. Me recosté en un “chaise-longue” y comencé a mirar en la noche. El descubrimiento que acababa de hacer no cesaba de atormentarme. Por primera vez en mi vida, tropezaba con un analfabeto. Y no podía desprenderme del deseo de conocer la forma en que el mundo se reflejaba en un cerebro cerrado a los libros. Traté de ponerme en el lugar de Giovanni.

Un muchacho como él toma un periódico, y no lo entiende. Toma un libro, un objeto más ligero que la madera o el hierro, un bloque geométrico, y tiene que volver a colocarlo donde lo tomó, porque le es allí, va son para él como frascos de perfume cuya fragancia no puede percibir, pues están para siempre cerrados a su alcance. Los nombres sagrados de Goethe, Dante y Shelley no significan nada para su intelecto. El desgraciado no podrá conocer el éxtasis que produce la lectura de una sola línea, y lleva la misma existencia de un hombre de las cavernas.

STEFAN ZWEIG.

desprenderse del gravamen de soledad que le había impuesto la pampa. Por eso aventó al hombre, lo hizo resaca. Fue el hombre, a pesar de suyo, porque sin él no puede llegarse a la riqueza total que es la fraternidad.

Lo trágico y cierto es que hace un siglo que la masa humana, desorientada y sin ocupación constructiva, viene claudando el medio natural, dando bruces, levantándose para volver a desplomarse. Rio oscuro, grávido y miserable, que se consume en el cieno de la marcha.

En la fuga aparece el pueblo como refugio, casi como guarida. El pueblo fué el oso altruista de la fábula de Sacha Pogodín, para la tropa campesina, desdeña en la planicie como una gran mancha de desaliento.

La fábula es para cifrada en las mismas frentes simples que ahora advertimos.

En el bosque, un tropel de lobos se arrojó sobre un hombre. El oso, al verlo, corrió en su auxilio y echó de allí a los lobos. Como era altruista, se puso enseguida a lamer las heridas del hombre. Iba lamiéndolas y dándose cuenta de que la sangre del hombre es bastante dulce... y siguió lamiendo hasta la espina dorsal. En una palabra: lo devoró.

\* \* \*

El emplazamiento de los centros urbanos del país no ha obedecido a imperativos lógicos, económicos o espirituales, aprovechables por la sociedad en su transformación.

Los pueblos viejos se originaron por necesidades estratégicas o azares de la lucha. Tuvieron paja y cinturón de castidad en sus ejidos. Andando el tiempo les llegó por ahí, la carcoma, la miseria filtrante.

Los datos en el siglo pasado siguieron el rumbo de la diligencia. Estas iban por las cuchillas, cortando las dificultades viales. Nunca en busca de zonas que produjeran riquezas tributarias, materia a transformar o transportar. Fué primero, una pista. Luego, una pulpería. Más tarde, la fonda.

El escribano y el agrimensor hicieron lo demás. El solar concedía un inspechado valor al campo. El interés particular, a espaldas de un Estado desprevenido, trazó, delineó, concedió. Los pleitos por venta de tierras mal habidas llegaron a afectar a toda una población, nutrida por millares de habitantes.

El telégrafo, primero, y el ferrocarril, después, normalizaron lo eventual. Siguió las rutas de la diligencia, obedientes a quien sabe qué misteriosos designios de torpeza y miseria. Dice que está es el mal de América, pero el hecho no amortigua barquinazos. Las carreteras fueron un ademán nacionalista, réplica al ferrocarril, que era gringo, pero su plan fué el mismo de las diligencias, que siguió el rumbo ancestral, el rumbo español y estratégico. Además del suyo propio, indicado por el suelo duro.

El beneficio privado, la incesidumbre y hasta la desesperación constituyeron pretextos admisibles para poblar. Familias de regreso (el regreso comenzó con la paz definitiva, en 1900), se encontraban en la cruz de dos caminos y se apeaban para escalar la marcha. El fuego, el castruccio, la falta de voluntad orientadoras, estaban las carreteras. Lo demás era fácil: trabajo de herrero y hormiga. Y nuestro paisano vencido en ambas cosas en una sola leñada.

Conozco pueblos que parecen haber nacido de semilla voladora, antes que de voluntad lógica.

No disponen de tierra labrantía circundante. Ni el frutal ni la huerta refrecan su paisaje. El polvo marrón quemó los ojos y esterilizó los brazos. La legumbre es foránea. En verano, las napas de agua potable desaparecen. El limo de agostadas cachimbas — espejos de lavanderas proletarias — patrocina sed y fiebres. No hay leña utilizable como combustible, cuando el invierno araña la piel con sus garfios montañeses. Los materiales nobles para la construcción, aventadores de vinchucas — cal y arena — soportan gravosos fletes, variables en distancias de 50 a 100 kilómetros.

Al frecuente ílogismo geográfico se enana, y esto con carácter de norma, el aporte humano de rédito negativo.

La mayoría de los habitantes de los pueblos y ciudades del interior, no dispone de elementos ni optimismo que le permitan constituirse en instrumentos de su propia felicidad y menos en eslabones del progreso general.

La riqueza es hostil, repelente. Se desliza en la pampa o se encara en el centro, en el perímetro de la plaza, los comercios y las oficinas públicas. Entre el desencanto y el cuadro urbano — fuertes en pugna de soledad — están los barrios, el ciudad, el aluvión de los desperdicios. El que llega ejercita su ciudadanía en esa zona previa, bote irregular del organismo que lo acoge, sin estimarlo. El centro respira por los barrios, que son, también, sus órganos de relación.

Si el hombre que llega tuviera pensamientos o simplemente vigilara, encontraría ahí adelantos de su drama. Los encontraría en la sostenida lucha del trasto y la vegetación, del basurero y el trebolal, del ladrillo y la estrella. Pero está inerte y la poca conciencia que le vale, atiba desde el suelo y sube por los pies hinchados, por las manos frías, por el corazón ausente. Martínez Estrada ha encontrado justificación para esta fuga muerta: "Es más fácil seguir adelante que regresar".

El poblar es un combatiente abúlico. Las cosas que lo rodean tienen, también, una militancia desgastadora, de lima sorda. El desgano, el alcoholismo y hasta el fatalismo religioso que lo domina, son remanentes de la lucha. La miseria es emoliente. Actúa por acostumbramiento. Condicionando físicamente a los de abajo, moldea espiritualmente a los de arriba. Pústula que envilece al que la porta y al que no la siente pasar a su vera.

Existen dos expresiones señeras, ubicadoras de los combatientes. El club y la milonga.

El club es una institución reguladora, circunspecta, que, suponemos, ha difundido el diel en nuestra campaña. Es la cámara de comercio y la picada por donde entran, de contrabando, el modal y la afectación engolada. Ahí

se topan por primera vez, vusitos de la fragua gutrera, los capitans y los caudillos antagónicos. En la pulpería hubieran estado como sobr: ascuas y hasta hubieran tanteado el "cola blanca" para silenciar el mutuo recelo. El club les concede una paz de cocina. Hogar de todos, ampara y obliga. Terratenientes y capataces, comerciantes y aprendices, acatan los estatutos, reivindican el compañerismo, atan carreras, trocan rodos. Los salones hierven en fiestas frecuentes, espumosas de mujeres jóvenes y matronas que tejen destinos bajo los echarpes. En lo hondo, las danzas del club son un grito de guerra contra el "loquerío" de la periferia.

En la partida contra "el poncho verde", el club ha resultado el caballo de Troya. Los muchachos que esplenden en sus taracos, disputados por doncellas cuya única posibilidad es el casamiento, aprendieron a bailar en los ranchos. Por la puerta excusada ingresan jugadores de oficio y cañistas, sostén de los cantineros, que son, a su vez, el estómago sensible del club.

Por ahí se llegó a teorizar un concepto, que he oído desarrollar a un viejo comisario rural.

El juego es nivelador y solidario. La plata de la carpeta tiene valor instantáneo, que pierde y retoma. Es una transmigración funambulosa del novillo y la pradera. El choque repetido la despreciaza y la avienta. El pobre, que orillea la carpeta como los ranchos al pueblo, se agacha y recoge. De otra manera no sería posible distribuir sin una enconada resistencia del propietario.

El comisario, de mi recuerdo era mezcla de zorro y paloma. El que consigue erigirse sobre la confusión dominante, advierte un cuadro sin luz.

Las alternativas del trabajo son escasas. Las aspiraciones de lo mejor esperanzados terminan en dependiente de tienda. Se aprende sapatría, sastrería o albañilería con sentido horizontal, para seguir resbalando, como quien consulta una guía. Al primer ademán enérgico de los brazos, la oferta supera a la demanda. Por el desaliento y una débil conciencia de la miseria circundante, aparte el espejismo de la urbe, con sus mejores salarios, sus comodidades. Domina el mismo temblor de desamparo, sentido en el campo, antes de emprender la fuga hacia el pueblo. La herida cambia de sitio en la arteria y sigue sangrando.

Son signos de ruina los que humanizan las calles.

El mayoral, que ha hilvanado los pagos con fuerza de pampero, se denuncia en el carruaje cantor, movido a junta de fiacos, que va a la estación al centro y del centro a la estación, casi siempre vacío.

El tropero apacenta una vaca prestada, en la zona de las latas vacías. Su historia y la esperanza de sus hijos pequeños, está en el extremo de una guasca que consume los yuyos.

Hay ~~Estados~~ ~~tipos~~ ~~españoles~~ ~~con~~ ~~carra~~ ~~de~~ ~~ciudadanía~~ ~~en~~ ~~el~~ ~~centro~~ ~~y~~ ~~en~~ ~~el~~ ~~suburbio~~. El fútbol fué un excelente sucedáneo bélico (otro aporte del riel a la paz pública), alrededor de pastores sin empleo. Forma de la guerra, que todavía quemaba, entre fácil, como golpeándose la boca. Gra el deportista criollo. El "crack" es el caudillo sub-urbano. Tiene la talla, el rol y el sentido del "cañiflero", padecido por las grandes ciudades platenses del siglo pasado.

Pero lo permanente, como producido irradante y profundo — así sea para la dicha o para la muerte a pedazos — no está ahí.

El pueblo respira por el suburbio, que eclosiona en la prostitución.

La sífilis es el común denominador.

El quilombo — digámoslo respetando la retundidad caliente, su etimología negra — adormece los bandos y los confunde. La miseria física, la perversión moral y el veneno unitivo que corre por vena de generaciones, afluyen cómodamente por cima del espasmo y las guitarras adormecedoras. Borra contornos y límites, haciendo una sola masa gris del centro y la orilla. Es la cerrazón en la madrugada. La cerrazón que enreda las rutas y despista a los baquianos.

Hay sitio en nuestra campaña, pongo por caso determinados lugares del Departamento de Treinta y Trece, en que la infección sífilítica, alcanza al ciento por ciento de su población. Y hay otros lugares en la frontera de Rivera, de Cerro Largo y de Rocha, en los que según datos de médicos amigos, el porcentaje de esa infección alcanza al 85 por ciento de su población masculina.

Es un senador de la República — de la otra República — quien conmueve al mármol con ese grito. Y es el mismo senador de quien se dice que ha ennoblecido la riqueza puesta en sus manos por el viento, que aporta estas cifras terribles: "E nel quinquenio 1913 - 17, se ha asistido por sífilis, el siguiente número de soldados en las distintas ciudades o pueblos del interior: en Rivera: 500; en Melo: 400; en Durazno: 300; en Rocha: 140; en Santa Clara: 111; en Sarandí del Yi: 110; en Batlle y Ordóñez: 39; en San Gregorio: 39". Los números adquieren un valor pavoroso considerando que los destacamentos militares que están en el interior, disponen de limitada cantidad de plazas.

Han corrido algunos años y se ha combatido con rigidez sistemática "al mal de los pueblos". Las estadísticas actuales no trasudan tanta amargura. Hay casillas en blanco. Tal vez para el optimismo.

Pero sería desprevenido admitir que donde estaba ayer la pústula hedionda, está ya la flor, en gloria de la luz y del amor con salud.

El mal infectó la entraña imponderable. Y si no lo hubiera hecho, ahí llega de nuevo el conquistador terrible, denunciándose en la proliferación de los rancheros, cementerio en el aire, donde no actúan ni médicos ni clínicas para contener el desarreglo y el desborde infamantes.

Esos 376 "pueblos de ratas", diseminados en sitios vitales del país, son la fuente humana de los pueblos organizados y de las ciudades. Seguramente su levadura espiritual. Tropa actuante y trágica, que no se sabe por quien ha tomado las armas, en la quemante contienda entre el campo y la urbe, entre el abrigo y el desencampo.

S. DOSSETTI